Tyfon? En Grecia bajo la figura de *Epafo*, hijo milagrosamente concebido de la vírgen *Io*, que habia de ser el libertador de *Prometeo*, el hombre encadenado? ¿No habia brillado esta misma creencia en la misma filosofía griega, como podemos verlo en el segundo diálogo entre Sócrates y Alcibiades, y en otros muchos pasajes de Platon, que obligaban al sabio Faber á decir, que *la esperanza cierta de un doctor universal era un dogma admitido que no sufria ninguna contradiccion?* ¿No oimos en toda la Italia el oráculo de la Sibila hablar de la venida de aquel divino infante, cantado mas adelante por Virgilio, al cual aludia Ciceron, á quien tanto temia el Senado, y cuya espectacion universal nos refieren Tácito y Suetonio? En fin, ¿no nos ha hecho conocer M. de Humbold una antigua *profecía*, que circulaba en todos los pueblos del nuevo mundo, y principalmente en México, "que "hacia esperar á los mexicanos una reforma benéfica *por medio de Centeolt que habia de triunfar "de la ferocidad de los demas dioses?*"—Pasaremos por alto las tradiciones galas, scandinavas, japonesas, &c., para llegar á las grandes confesiones de tres célebres incrédulos: "Desde tiempo inmemo"rial todas las naciones esperaron un sabio (1).— "Las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiem"pos anteriores habian esparcido por toda el Asia "la creencia en un gran Mediador que habia de ve"nir, juez final, legislador y salvador futuro que li"braria á los hombres del imperio del mal (2).— "No ha habido ningun pueblo que no haya tenido "su espectativa de esta especie, y que no haya es"perado como los hebreos, un sér indefinible que "todos los pueblos esperaban del lado del Oriente "que podriamos llamar el polo de la esperanza de "todas las naciones (3)."

El conocimiento *implícito* del *mediador* ha estado constantemente al alcance de todos los pueblos. Es como el fondo de verdad, del cual hizo salir la supersticion todas sus fábulas. Este hecho está probado, y por él queda justificado aquel sentimiento de S. Agustin, en el cual se resume la doctrina que vamos estudiando.

"Desde el principio del género humano, dice es"te padre, todos los que han creido en Jesucristo, "*que lo han conocido tanto como les ha sido posible*, "y han vivido, segun sus preceptos, en la piedad "y en la justicia, EN CUALQUIERA TIEMPO Y LUGAR "que hayan vivido, han sido salvados por él. Así "como nosotros creemos en él permaneciendo en "su Padre y venido en carne, los antiguos creian "en él permaneciendo en su Padre y debiendo ve"nir en carne. Y no porque, segun la variacion "de los tiempos, anunciamos en el dia el cumpli"miento de lo que entonces se anunciaba como de"biéndose cumplir, ha variado la fé, ni es diferen"te la salvacion. Porque una misma cosa sea pre"dicada ó predicha por *diversos ritos sagrados*, no "debemos figurarnos que sea dos cosas distintas y "de efectos diversos.... Así una misma y única "Religion verdadera es figurada y practicada, en "otro tiempo por ciertos nombres y ciertos signos, "ahora por otros signos mas numerosos; al princi"pio mas oscuramente, en el dia con mas clari"dad (1)."

Despues de esto, para contestar á todas las hipótesis y formular con precision el rigor de la doctrina sobre los dos puntos de la necesidad de Jesucristo para la salvacion, y de la certidumbre de la salvacion para todo hombre de buena fé, el ángel de las escuelas, Santo Tomas, dijo estas hermosas palabras: *En su bondad preferiria Dios enviar un ángel al que lo buscase con rectitud de corazon, que dejarlo abandonado en las tinieblas eternas.* A estas palabras se referia Rousseau al escribir: "¡Qué "bella invencion la de este ángel! No contentos "con servirse de él como de una máquina, obligan "tambien á Dios á valerse de sus servicios."

Esto no deja de ser, como observa Frayssinous, una chanza que revela á la vez la ignorancia y la malignidad de su autor. Nunca dijeron los teólogos que Dios estuviera *obligado* á enviar un ángel, como si no tuviera otros medios de que echar mano: esto seria una solemne ridiculeza. Lo que dice Santo Tomas es una *manera de espresar* la bondad de Dios y la caridad de la doctrina católica, que concibe mas bien una escepcion en las leyes de la naturaleza, que la pérdida de un solo hombre de buena voluntad. Pero aun sin enviar un ángel, ¿no puede Dios enviar un pensamiento, y *sabemos acaso*, dice el gran Leibnitz, *todos los medios estraordinarios de que Dios puede servirse para ilustrar las almas, y particularmente lo que sucede en el artículo de la muerte* (2)? Siendo él el eterno foco del cual proceden todas nuestras luces, ¿no puede derramarse algo mas en una inteligencia que se abre y se dispone, cuanto le es posible, para recibirlo? Si algo hay mezquino y ridículo en el mundo, es sin duda la pretension de algunos filósofos de aprisionar el pensamiento eterno en el círculo de Popilio y de decirle: *No pasarás mas allá.* Como si el comercio del alma con la verdad, para la cual fué criada, no fuese indefinido, y como si hubiera algun escalon fatal y estremo en esa misteriosa escala, por la cual los *ángeles* de Dios, es decir, los santos pensamientos, van subiendo y bajando. Concebimos que un entendimiento poseido por el orgullo y ocupado de sí mismo, se sienta limitado y encuentre tambien á Dios limitado en sus comunicaciones; pero que el alma que ama, ora y sale de sí misma para ir en pos de la belleza soberana, no le vea, no le sienta jamas venir á iluminarla, dilatarla y darle la viva inteligencia de su deber y de su salud, esto no nos es fácil comprenderlo, porque solo cabe semejante comprension en los que no han conecido nunca las inefables vias por donde Dios nos conduce. Debemos creer que esas comunicaciones *oficiosas*, si podemos llamarlas así, de la verdad con el alma fiel son tanto mas abundantes cuanto mas aislada se halla esta alma, y mas

(1) Voltaire.
(2) Volney.
(3) Boulanger.

(1) S. Agustin, *Sex quaest cont. pagan.*
(2) TEODICEA, *sobre la bondad de Dios*, 1.ª parte, núm. 93, 98.

desprovista de los socorros ordinarios y de los medios esteriores por los cuales plugo á Dios establecer su Religion. La divina sabiduría se convierte entonces en *catequista* de estas almas sencillas; *la sabiduría que se dá á las naciones en las almas santas*, dice la Escritura, *y forma los amigos de Dios* (1); *que se adelanta á los que la desean y es la primera en manifestárseles, porque busca por todas partes á los que son dignos de ella, y les sale al encuentro con toda su providencia* (2); *que enseña sin ruido de palabras, sin confusion de pareceres, sin fausto, sin altercacion de argumentos, y hace conocer en un momento mas razones de la verdad eterna, que las que se puedan aprender en diez años en las escuelas; y que* GUARDA LA SALVACION COMO UN TESORO *para los de recto corazon, y proteje á los que andan en sencillez* (3).

Si quisiéramos acumular mas testimonios, los encontraríamos tambien entre los paganos, y no tendriamos mas necesidad que de recordar aquellas oraciones que contienen lo mismo que piden, y en las cuales vemos brillar la fé implícita en el Verbo de Dios, salvador de las almas, y el deseo ardiente de conocerlo, que es la necesaria condicion para salvarse, y que ningun ángel probablemente, si entendemos por esto una *máquina*, como dice Rousseau, la habia ido á infundir en el alma de sus autores.

"Orad, decia Platon, al Dios del universo, autor "de todo lo que es, y de todo lo que será. Orad "á *su Padre y Señor*, á quien todos conocemos "tan claramente como á los hombres es posible, si "seguimos el culto de la verdadera sabiduría.— "Invoquemos, dice en otra parte, al *Dios salvador*, "á fin de que por medio de una enseñanza estraor"dinaria y maravillosa nos salve, instruyéndonos "en la verdadera doctrina...."

"Glorioso rey de los inmortales, decia Cleanto, "adorado bajo nombres diversos, eternamente to"dopoderoso, autor de la naturaleza, que gobiernas "el mundo con tus leyes; ¡yo te saludo! A todos "los mortales es permitido invocarte, pues somos "tus hijos, tu imágen y como un débil eco de tu "voz; nosotros que vivimos un momento y nos ar"rastramos sobre la tierra. Te celebraré siempre, "cantaré siempre tu poder. Todo el universo te "obedece como un súbdito dócil. *Tú dirijes la "razon comun*, tú penetras y fecundas todo cuanto "ecsiste. Rey supremo, nada se hace sin tu volun"tad ni en la tierra ni en el cielo, ni en el profun"do mar, escepto el mal que cometen los insensa"tos mortales.—Estos apartan sus miradas y pen"samientos de la ley de Dios, LEY UNIVERSAL, que "hace feliz y conforme á la razon la vida de los "que la observan.—Autor de todos los bienes, pa"dre de los hombres, líbralos de su triste ignoran"cia, disipa las tinieblas de su alma, *hazles cono"cer la sabiduría con que gobiernas el mundo*, á fin "de que honremos dignamente y cantemos sin ce"sar tus obras, segun deben hacerlo todos los mor"tales."

Estos sentimientos son cristianos y brilla en ellos la fé en Dios, *salvador de los hombres;* la fé *en la sabiduría increada, en la razon eterna, por cuyo medio gobierna Dios el mundo;* la fé en aquel que lo ha hecho todo, y por cuyo medio podemos conocer á *su Padre y Señor....*

Todo esto justifica las ecsijencias de la Iglesia, cuya ley *católica* es aquella ley UNIVERSAL de que habla Cleanto, que *hace feliz y conforme á la razon la vida de los que la observan*, y que solamente es mas esplícita en el dia que en otro tiempo, mas visible y mas abundante en socorros y gracias desde que se encarnó en Jesucristo, á pesar de no haber estado nunca ausente del universo; de modo que siempre se ha podido decir: *Fuera de la Iglesia*, que es la sociedad de los justos que viven conforme á esta ley, *no hay salvacion.*

(1) *Sabiduría* 7, v. 27.
(2) *Id.*, cap. 6, v. 14 y 17.
(3) *Prover.*, cap. 2, v. 7.

CAPITULO XV.

LA GRACIA Y LOS SACRAMENTOS, Y EN PARTICULAR LA CONFESION Y LA EUCARISTÍA.

I. La Religion cristiana no es solo un medio; antes de todo es un principio.

Cuando en el estudio de sus misterios hemos manifestado de qué modo maravilloso y secreto se adapta á todas las necesidades y á todos los instintos de nuestro corazon para regenerarlo, hemos venido á inferir, que solamente la sabiduría que hizo al hombre habia podido adivinar tan admirablemente sus males y emprender su curacion; tanto mas cuanto la sabiduría humana, lejos de disputarle la gloria que de esto le resultaba, ni siquiera habia sabido comprenderlo.

Sin embargo, seria un error, del cual no queremos ser cómplices, no ensalzar al cristianismo sino bajo este punto de vista esterior, y no descubrir en él mas que un conjunto de medios persuasivos, hábilmente dispuestos para moralizar á la humanidad. Con este título participaria tambien el cristianismo de la naturaleza de las concepciones humanas que se han propuesto el mismo objeto, y no se diferenciaria de ellas sino por el grado de su perfeccion. La verdad no pudo sufrir semejante analogía. A cualquiera distancia de las concepciones humanas que el prodigioso écsito del cristianismo y su profunda sabiduría lo coloquen y sostengan, esto no seria conocerlo en todo lo que es, ni honrarlo en todo lo que vale; seria tributarle un homenaje, al fin y al cabo, relativo. En una palabra: no debemos ni podemos decir el divino Jesus en el mismo sentido que diriamos el divino Platon, cualquiera que sea el valor de la superioridad que á este último concedamos.

Jesus es Dios, simplemente Dios. Es Dios, no solamente porque dió pruebas de una sabiduría y fuerza sobrehumanas en la eleccion y buen écsito de los medios esteriores por los cuales renovó el

mundo, sino principalmente porque introdujo en la humanidad un principio nuevo y sobrenatural que vivificó estos medios, y cuyos resultados solo él puede esplicar. Por la adicion de este principio á la naturaleza humana obró como Dios; creó. Este principio es la *gracia*.

En el cristianismo la *gracia* lo es todo: es su soplo, su savia, su levadura; por ella ha triunfado del mundo. El plan del cristianismo, con todas sus armonías y sus profundas relaciones, jamas hubiera podido caber en la concepcion de una cabeza humana; pero aun admitiendo que esto hubiera sido posible, nunca hubiera podido ser formulado; y si alguna vez hubiera salido en efecto de la cabeza de su autor, le hubiera sucedido lo que á la república de Platon; hubiera ido á morir en el papel. Conciba Arquímedes una máquina bastante poderosa para levantar el mundo, y Descartes el mecanismo del universo, disponiéndose á crearlo con el movimiento de sus átomos; la audacia del humano ingenio no puede pasar mas allá ni llegar á la ejecucion: al uno le falta *un punto de apoyo*, y al otro *materia y movimiento*. Solo á Jesucristo nada le ha faltado: concibió é hizo; su concepcion no se reveló sino en la ejecucion, y para él, como para el criador, haber querido es haber hecho.

Por lo mismo sin el conocimiento de la *gracia*, que es la virtud creatriz de Jesucristo, no verémo mas que la envoltura del cristianismo; si queremos conocerlo por completo, es menester bajar hasta las profundidades de la *gracia*.

1.° Pero, ¿qué es la *gracia*? ¿Cómo podrémos conocerla?

Solo hay un medio para esto último, y es recibirla.

La *gracia* no es una idea metafísica, una verdad intelectual y comunicable por la palabra: es *un hecho vivo*, visible por la esperiencia; y como es un *hecho sobrenatural*, no tiene analogía con nada de lo que conocemos, y por consiguiente no hay nada que pueda darnos una idea de ella, ni nada que nos dispense de ponernos en contacto directo con ella para conocerla.

Por esto la gracia es el secreto de las almas piadosas; va inherente á la práctica de la fé, y es como el premio de la fidelidad; aunque si esta fidelidad cesa alguna vez, la *gracia* se pierde, y se pierde con ella todo, hasta su memoria.

Esto está admirablemente conforme con todo el conjunto del cristianismo, que conduce las almas á la luz por las pruebas de la fé, y que convierte la inteligencia de sus misterios en premio de sus virtudes. La accion de la gracia en nosotros es la prueba mas sencilla y mas irresistible de la divinidad del cristianismo. Era pues muy justo que estuviera reservada á los verdaderos fieles, y que los que mas creyesen fueran los que viesen mas (1). Un piadoso aldeano ve claramente y con plena y racional certidumbre (porque se halla esta fundada en el testimonio de su propia y sensible esperiencia) la divinidad del cristianismo en lo que un talento, por otra parte cultivado, pero separado de la gracia, no hace mas que entreverla.

¿Queréis, pues, una hermosa prueba del cristianismo, una prueba que todavía no ha fallado en nadie, prueba infalible y que comprende á la vez todas las pruebas? Abandonad los estudios filosóficos, y en lugar de discutir sobre la verdad, *hacedla*, practicadla, poneos á vosotros mismos por obra, y lo que os parecia deber ser la consecuencia de la fé, se convertirá en su principio, ó mas bien cambiará en intuicion.... Seguid, seguid los caminos de Dios, y á cada paso que deis veréis aumentarse la luz y desvanecerse ó dejar atras todas las dificultades; y sentiréis introducirse en vosotros y en todas vuestras mas secretas facultades, un espíritu vivificante, una dulce energía, una uncion corroborante, que no habreis jamas conocido, y que mejor que todos los raciocinios os demostrarán la verdad.... En algunos de sus efectos es la gracia un milagro que prueba tambien la accion de Dios, como la resurreccion de un muerto; porque es un hecho sensiblemente sobrenatural. ¿Quién es el que viniendo de beber en las fuentes de la gracia, no ha adquirido en ellas una certidumbre inmutable, una fé invencible, que se ríe de todas las objeciones, como aquel filósofo, que para probar el movimiento creia que no tenia necesidad mas que de echarse á andar?.... Haced esto y creeréis.

2.° Deberiamos terminar aquí el presente capítulo y remitiros á la esperiencia, como al único terreno del estudio de la gracia; pero queremos probar no obstante daros de ella un ligero bosquejo menos para persuadiros que para advertiros.

Escuhad, y tened cuidado sobre todo, os diremos con Bossuet, de no oir con menosprecio el órden de las divinas advertencias y la economía de la gracia (1).

Se han dado muchas definiciones de la gracia. La mas sencilla y ecsacta nos parece la que da Pascal de la fé: "Es Dios sensible al corazon (2)."

"La gracia, dice ademas S. Agustin, que tanto "la habia gustado, es una inspiracion del amor di-"vino para hacernos practicar, por medio de este "santo amor, el bien que conocemos (3)."—No "creais que haya nada de pesado ni molesto en la "santa violencia de que Dios se vale para atraer-"nos á sí. Todo en ella es suave, todo es placer: "el *placer* es el que nos atrae (4)."

Esta palabra esplica perfectamente el efecto de la gracia: es un poder *atractivo* que previene á la voluntad, la cambia, la dirije á Dios, la atrae por una delectacion interior, y le hace amar como por instinto una belleza que tal vez no amaria sino por convencimiento. Esto es lo que nos advertia Jesucristo cuando decia: "Sin mí no podeis hacer nada.... Nadie puede venir á mí, si el que me envió

(1) "Cierra los ojos y verás."—Joubert, *Pensamientos y Máximas*, t. I.

(1) *Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga.*
(2) Pascal, *Pensamientos.*
(3) S. August. *Epist. ad Bonif.*
(4) S. August., *Serm.* 131.

"no lo atrae (1)." Con su muerte expiatoria sobre la cruz, nos abrió el tesoro de sus gracias, y estando levantado en esta cruz, como él mismo habia dicho, debia *atraerlo todo á sí* (2).

La gracia de Jesucristo es ademas en el órden moral lo que la atraccion en el órden físico. Obra sobre la humanidad como el astro de la noche sobre los mares; se apodera de las voluntades y corazones de los hombres, y los hace correr tras los santos rigores de sus virtudes, de la misma manera que antes corrian tras los culpables placeres de la licencia; y todo esto por medio de una fuerza seductora que solo impera por amor, y que hace que, aunque se la pueda resistir teóricamente, no se pueda en la práctica —Este es el *quid divinum* de la conversion de todo el universo pagano á la cruz de Jesucristo, y es el mismo agente de la conversion, de la perseverancia y del progreso de cada cristiano en el camino de esa cruz, que es el de la virtud.

3.° Procuremos dar una idea mas sensible de la gracia, tomando la idea de un fenómeno moral que nos es comun á todos y del cual es ella remedio y antídoto.

Si no todos conocen la gracia, todos conocen la *concupiscencia:* es decir, esa inclinacion al mal que traemos al nacer; ese veneno hereditario que se nos comunica con la sangre en el seno maternal, y que hacia decir á un gran rey: "He sido concebido en "iniquidades, y en pecado me concibió mi ma-"dre (3);" y á Ovidio despues de Eurípides y ántes de S. Pablo:

Video meliora proboque
Deteriora sequor (4).

¡Qué admirable fenómeno! Si no lo esperimentáramos á cada instante, ¿podriamos creerlo? Naturalmente es preferible el bien al mal, el órden al desórden; lo vemos, lo confesamos, y á pesar de verlo y confesarlo, hacemos todo lo contrario, y nos inclinamos, nos echamos al mal. *Veo una ley en mis miembros que contradice á la ley de mi voluntad, y me lleva esclavo á la ley del pecado; porque no hago lo bueno que quiero; mas lo malo que aborrezco, aquello hago* (5). Hay como un imán secreto, un encanto fatal, oculto en todo lo que está prohibido, que lo hace triufar en nosotros de todas las razones, de todas las resoluciones, y nos desvia hácia el desórden como á pesar nuestro, sin que podamos hacer otra cosa que echar estériles miradas á la virtud al irnos alejando de ella, y ocultar la vergüenza de nuestro rostro entre sus manos (6). No todos ceden igualmente á este atractivo, pero todos lo sienten: la razon aislada es para ello impotente, y los mas virtuosos no hacen mas que oponerle consideraciones de interes, de orgullo y de egoismo, salidas del mismo orígen, y que son otro de los modos de obedecerla pareciendo resistirla.

Si se quiere tener una idea justa de la gracia, figurémonos que es el reverso de la medalla de esta mala inclinacion, y una especie de contrapeso puesto en la balanza de nuestro libre arbitrio, para neutralizar la inclinacion que tenemos al mal, darnos aplomo y restablecer en nosotros la rectitud y la libertad del bien. Naturalmente la razon está en un lado, y en el otro la pasion; por medio de la razon vemos el bien, por medio de la pasion gustamos el mal. La gracia da á la razon atractivos, y ofreciéndole el bien se lo hace gustar. Combate á la concupiscencia en su propio terreno, en el corazon; y ella misma se hace al fin la concupiscencia del bien.

"El hombre se entrega al mal por su propia con-"cupiscencia, dice Leibnitz; el placer que en él "encuentra es la red en que se deja prender. Pla-"ton lo dijo, y lo repitió Ciceron: *Plato voluptatem dicebat escam malorum.* La gracia, como ob-"serva S. Agustin, le opone un placer mas grande. "Todo placer es un sentimiento de alguna perfec-"cion: amamos un objeto en cuanto sentimos sus "perfecciones: nada escede á las perfecciones divi-"nas; de donde se sigue que la caridad y el amor "de Dios causan el placer mas grande que se pue-"da concebir, á medida que (por la gracia) vamos "penetrándonos de estos sentimientos, que no son "ordinarios en los hombres, porque están siempre "ocupados y repletos de los objetos de sus pasio-"nes (1)."—Esto nos conduce á la definicion que de la gracia daba Pascal: "Es Dios sensible al corazon."

Estos dos estados de concupiscencia y de gracia no son naturales; son dos modificaciones distintas. Es imposible que hayamos salido de este modo de las manos de Dios, y los mismos paganos lo creyeron así, á pesar de no conocer el hecho del pecado original. Con la sola ayuda de la razon adivinaron que la humanidad era una especie de resto ó ruina de sí misma. De aquí se originó una segunda naturaleza en nosotros, naturaleza estraviada con la cual todos nacemos, pero que no es la naturaleza verdadera. Esta ha sobrevivido en parte, aunque débilmente, lo bastante para protestar contra los malos instintos de la naturaleza corrompida, y para hacerle pagar nuestros vicios con remordimientos. Esclavos por aquella, dice Rousseau, somos libres por esta. ¡Triste libertad! Se parece á la de aquellos pueblos conquistados que insultan á sus tiranos en secreto, y que en público los obedecen y veneran.

La gracia de Dios por Jesucristo es la destruccion de este estado y el retorno á la vida primitiva. Por esto parece sobrenatural, y lo es en efecto, pero tan solo con relacion á la naturaleza corrompida; pues con relacion á la naturaleza primitiva, es

(1) *Sine me nihil potestis facere ...Nemo potest venire ad me, nisi qui mi sit me traxerit eum.* Joan , 8, v. 22.
(2) *Et si exaltatus fuero á terra omnia traham ad me ipsum* Joan , 12, v 32.
(3) "*Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.*"—Psalm., *Miserere.*
(4) Véase nuestro capítulo *De la naturaleza humana.*
(5) Roman. 7.
(6) Esto es lo que nos representó Homero bajo la fábula de las Sirenas.

(1) Véase nuestro capítulo *De la naturaleza humana*, t. I

natural, porque es esta misma naturaleza reintegrada en nosotros.

Por consiguiente, entre el estado de concupiscencia y el estado de gracia, el mas anormal, el mas antinatural, el mas incomprensible á la razon es el primero, porque pone nuestra voluntad en desacuerdo con nuestras inclinaciones, subleva la carne contra el espíritu, el sentimiento contra el pensamiento y nos divide como en dos hombres, en dos naturalezas irreconciliables aunque indisolubles; mientras que el estado de gracia, haciéndonos amar lo que debemos querer, domando la carne, emancipando el espíritu, inclinándonos al bien por instinto y por conviccion, por amor y por necesidad, y haciéndonos encontrar el gusto y la felicidad en nuestros deberes y destinos, es el verdadero estado de la naturaleza; porque es un estado de órden, de rectitud, de armonía y de unidad.

4.° Los modernos reformadores, San Simon, Fourrier, Owen han medido bien toda la altura del problema y han emprendido atrevidamente su solucion. Segun ellos, no es natural que nuestras inclinaciones estén en desacuerdo con nuestros deberes; este estado de guerra intestina es falso y anormal, y toda reforma verdadera, debe dirijirse á hacerlo cesar, conduciéndonos á un estado de unidad y de armonía. En esto se hallan perfectamente de acuerdo con el cristianismo; pero nace la diferencia de que, segun ellos, nuestras inclinaciones son buenas, y desordenados nuestros deberes, tales como los hemos entendido siempre; mientras que, segun el cristianismo, son desordenadas nuestras inclinaciones, y santo nuestro deber. En el sistema de los reformadores, la armonía consiste en seguir sus inclinaciones y sus mas brutales apetitos sin freno y sin medida; el desórden proviene, segun ellos, de que no somos bastante incontinentes, es decir, bastante discípulos de la naturaleza: nunca puede haber escesos en este camino, que es el de la perfeccion. El cristianismo, al contrario, anatematiza la concupiscencia, y tiende á desarmarla y someterla, no solamente por medio de la razon y de los restos de la naturaleza primitiva que en nosotros han quedado, sino por medio de la gracia, esto es, por medio del atractivo sobrenatural que esperimentamos en el deber, que es Dios.

El sentido comun y el instinto moral no han vacilado en rechazar el sistema de San Simon y de Fourrier como una degradante locura; pero rechazando esta solucion, no han hecho desaparecer el problema, el eterno problema del orígen del mal moral, y del verdadero remedio que se le debe oponer. Nuestros deberes é inclinaciones no pueden ser igualmente naturales y tener orígen en la misma fuente, porque se contradicen mútuamente. Es menester pues, que unos ú otros sean malos, desordenados, de orígen posterior al estado de órden en que todos debimos ser formados. Si no son las nociones del deber las que acreditan en nosotros un vicio original, son nuestras inclinaciones: no hay medio. Si nuestras inclinaciones están viciadas, es preciso reformarlas; pero ¿cómo? ¿por la razon? La razon aislada es demasiado débil, ofrece la perspectiva, pero no el gusto del bien, y el gusto es quien nos determina, el sentimiento el que nos mueve. Por esto todos los moralistas del mundo solo lo son con la pluma en la mano, y en su conducta desmienten las reglas que trazan sobre el papel. Seria pues preciso oponer al atractivo del vicio un atractivo igual ó superior, el de la virtud; á las voluptuosidades sensibles los placeres de la virtud; al amor terrestre el amor divino; á la concupiscencia del mal, en una palabra, la concupiscencia del bien. Pero este vivo atractivo por la virtud, este placer espiritual, este amor divino, esta concupiscencia del bien, no se encuentran en nuestra naturaleza ó no le pertenecen ya, y por cierto que no depende de nosotros el volver á poseerlos. Tan solo el autor mismo de nuestra naturaleza puede reformarla y oir favorablemente el voto del gran rey ya citado. "Cria en mí, oh Dios, un corazon puro, y renueva en mis entrañas un espíritu recto (1)." La misma mano que crió, puede volver á criar, y á este grito de S. Pablo, que es el grito de la naturaleza humana: "¡Desgraciado de mí! "¿quién me librará?" no hay otra contestacion que la que se da en seguida él mismo: "La gracia de "Dios, por Jesucristo nuestro Señor (2)."

Así resuelve el cristianismo el gran problema de nuestro mal y de su curacion, no solo teórica sino prácticamente, por los milagros de santidad que obra en el mundo moral, y que prueban su divinidad del mismo modo que la vista dada á los ciegos, el oido á los sordos, el movimiento á los paralíticos, y la vida á los muertos atestiguan la divinidad de Jesucristo en el Evangelio. Bajo este punto de vista, la divinidad de Jesucristo se halla tan bien probada como la ecsistencia de Dios, y la mano del grande artífice de nuestra naturaleza se manifiesta tan claramente en su reforma como en su creacion (3).

5.° Esta gracia reparadora á nadie ha faltado, aunque es verdad que ha sido dispensada con desigualdad á los hijos de Adam. Se concedió á la humanidad desde su caida por anticipacion de la única fuente de gracias que en la plenitud de los tiempos debia abrir la grande expiacion del Mediador. Sin ella, como ya dijimos, la humanidad caida no hubiera podido producir ninguna buena accion. Todas las buenas acciones, todas las virtudes que han florecido en la humanidad, aun antes de la venida de Jesucristo, deben imputarse á aquel divino socorro que los teólogos llaman *gracia suficiente*, como distribuida á todos los hombres, porque á todos ellos se ha dado en el grado que era suficiente para su salvacion. No otra cosa son los impulsos de la conciencia y sus remordimientos. Esa voz interior que nos advierte, nos consuela ó nos avisa con tanta mas fuerza cuanta es mayor la violencia que le oponemos, atestigua perfectamente que no depende de nosotros mismos, que es algo distinto

(1) "*Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.*—Ps. *Miserere.*
(2) Rom., cap. 7.
(3) Véase nuestro capítulo *La venida y el reino de Jesucristo.*

de nosotros..... que es Dios. Los antiguos, mas naturalmente piadosos, no se equivocaban sobre este punto. Así vemos á sus poetas, á Homero en particular, determinar siempre á sus héroes por el impulso divino, y á Platon apelar constantemente á ese *hombre interior*, á esa *centella divina*, á esa *voz de Dios que habla en nosotros* (1).—Héos aquí la gracia suficiente.

Pero esta gracia recibe de la aplicacion inmediata de los méritos de Jesucristo en el cristianismo un acrecentamiento de eficacia tal, que no sabemos comprenderlo. Crea en los que la reciben una nueva naturaleza, que no solo se resiste al mal, sino que se dirije invenciblemente al bien, cuyo atractivo no solo sigue á la virtud, sino que la previene y determina, y derrama sobre los mas penosos deberes y los mas violentos sacrificios una paz tan dulce, que hace mirar con compasion la felicidad de los reyes (2). Esta gracia se ha pintado á sí misma con la pluma del Autor sagrado: "Yo produ- "je como la vid, frutos de suave olor, y mis flores "dan frutos de gloria y de abundancia. Yo soy la "madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia "y de la santa esperanza. En mí se halla toda la "gracia del camino y de la verdad; en mí toda es- "peranza de vida y de virtud. Venid á mí todos "los que me deseais, y saciaos con mis dulces fru- "tos, pues mi espíritu es mas dulce que la miel, y "mi herencia superior á la miel y á los panales. "Los que me coman, quedarán con hambre, y los "que me beban quedarán sedientos. Los que me "oigan no serán confundidos, y los que obren segun "mi ley no pecarán. Los que me conozcan ten- "drán la vida eterna (3)."

Esta es la gracia eficaz: es á la gracia suficiente lo que el Océano á un pequeño arroyo, y bajo esta misma figura la profetizaba el mismo autor por estas palabras: "Yo salí del Paraiso como un arro- "yuelo de las aguas inmensas de un rio, y dije: Re- "garé las plantas de mi jardin, y sazonaré los fru- "tos de mi prado. Y hé aquí que *mi arroyuelo se* "*ha convertido* EN UN GRAN RIO, Y ESTE RIO EN UN "MAR (4)." Profecía que se halla conforme con la esperanza universal en que estaba el género humano *del* SANTO *por escelencia*, como dice Confucio, *que debia bajar del cielo y que produciria naturalmente* UN OCEANO DE ACCIONES MERITORIAS.

6.° Pero si tal es el poder de la gracia, dirán acaso los que no la conocen, nuestros méritos individuales son absorbidos por ella; somos virtuosos por necesidad, y nuestra voluntad ninguna parte tiene en nuestra salvacion.

Sin entrar en la famosa cuestion acerca de la armonía entre la gracia y la voluntad; cuestion ociosa, porque basta la esperiencia para resolverla haciendo sentir á la vez la gracia en la voluntad y la voluntad en la gracia, decimos con Leibnitz: "Así "como nuestra corrupcion no es nunca absolutamen- "te invencible, y nunca pecamos necesariamente, "aun cuando estemos bajo la esclavitud del pecado, "puede decirse tambien que nunca somos ayuda- "dados invenciblemente, y por mas eficaz que sea "la divina gracia hay motivo para decir que podemos "resistirla, aun cuando con anticipacion estemos se- "guros de no resistirla. Es menester distinguir siem- "pre entre lo infalible y lo necesario (1)."

(1) Plat. *República*, lib. 10.
(2) *Pax Dei quoe exuperat omnem sensum.—Philip.* 4, 7.
(3) *Ecclesiástico*, cap. 24.
(4) *Ib., ib.*

Por otra parte la esperiencia, á la cual es preciso recurrir como al verdadero guía en esta materia, nos manifiesta en las operaciones de la gracia un carácter particular que la concilia con la accion de nuestro mérito y libertad: este carácter es la *intermitencia*.

La accion de la gracia en lo que tiene de *preveniente*, es esencialmente intermitente. En las almas mas piadosas y á proporcion que lo son mas, hay épocas á veces bastante largas en que parece que este auxilio les falta enteramente, como el viento á una embarcacion en un mar inmóvil. Cuantos mas esfuerzos hacen estas almas para atraerse la gracia y merecerla, mas parece que huye de ellos, los deja en la aridez, en el desaliento, en la estéril espontaneidad de sus esfuerzos. Esta es la parte del mérito y de la libertad en las almas cristianas; parte inmensa, preciosa, en la cual se consuma su virtud, y en la cual ellas adelantan tanto mas cuanto menos se aperciben de ello. No es que la gracia las haya realmente abandonado; acaso nunca la hayan tenido tan cerca de sí: no les previene, á fin de que se ejerciten; se halla oculta. Escondida en cierta manera, las vigila como una madre á su hijo, dispuesta á socorrerlas al primer asomo de peligro. Por esto, si su virtud es alguna vez sorprendida, ó si sienten desfallecer su constancia, persuadidas entonces de que se hallan abandonadas, creen estas almas que están perdidas; pero de repente reaparece la gracia que las alienta, y las lleva como en sus brazos.

"Parece dice un santo doctor, que Dios se entre- "tiene con los hombres, como un padre con sus hi- "jos: tan pronto se figuran que lo tienen; tan pron- "to les parece que lo han perdido; tan pronto se les "aparece como un sol, rodeado de luz; tan pronto "se les oculta como entre nubes. Se va y vuel- "ve, huye y se detiene; los sorprende ó se de- "ja sorprender por ellos, y luego se les desapare- "ce. Despues de haberles hecho derramar algu- "nas lágrimas y arrancado de sus corazones algu- "nos suspiros, vuelve y se les manifiesta; y en fin, "los consuela con la suavidad y frecuencia de sus "visitas (2)."—Este cuadro encantador es la viva imágen de la economía de la gracia en sus relaciones con la libertad.

Aun para las almas mas favorecidas con las dulzuras prevenientes de la gracia, hay tambien un mérito; el de la correspondencia á sus favores. La gracia no destruye la concupiscencia: solo nos ayuda á vencerla. Esta subsiste siempre en el fondo de las almas mas puras, y les hace esperimentar golpes que provocan su infidelidad hasta en la cumbre de la perfeccion. De aquí el mérito de la cor-

(1) Teodicea, parte 3.ª
(2) Ricardo de San Victor, *de Grand Charit., cap.* 2.